Flores para una tumba prestada

DV diariodevalladolid.es/noticias/valladolid/flores-tumba-prestada_49033.html

ROSTROS DE LA MEMORIA HISTÓRICA

'Traigo flores aquí porque no he tenido ningún sitio donde hacerlo'. Julita visita una sepultura 'sin dueño' del Carmen que se convierte en otra cuneta sin nombre de la Memoria Histórica y mañana se exhumará. A su padre lo mataron los falangistas. 'Es muy triste no tener dónde llorar a tus muertos'

ALICIA CALVO / MIGUEL ÁNGEL VERGAZ 07/04/2016



Las dos amigas, Julita y Goya, ante la tumba sin lápida de El Carmen, que representa la de muchos represaliados que no han sido encontrados. - MIGUEL ÁNGEL SANTOS

Noticias relacionadas

5El guardián de la sepultura sin nombre

Llegan al cuadro 58 repleto de panteones y se detienen ante un trozo de tierra desnuda, pero limpia, denominada burocráticamente como unidad 1.040. Es una tumba sin mármol, sin lápidas, hasta es posible que sin cuerpos en su interior. Sólo unas cadenas para acotarla. Pero, ante ella, las octogenarias Goya y Julita vuelven a tener cinco y tres años y ambas han decidido que allí –o a unos pasos– están sus padres desaparecidos en la Guerra Civil.

De camino al cementerio, las dos amigas hablan de achaques, aunque lo cierto es que poseen una vitalidad envidiable. Goya Bravo nació en 1931 y su amiga Julia Merino, en el 33. El intenso frío de esta tarde de marzo, como el de tantas otras, no les frena. Nunca han tenido ningún lugar propio donde poner los claveles rojos. Julia los agarra mientras recorre los atajos. Son muchos años yendo a llorar a una tumba que no es la suya, tomándola prestada, y ella conoce al dedillo cada recoveco del trayecto hacia el último vestigio de una fosa común en el Cementerio del Carmen, que se convierte en otra cuneta sin nombre de la Memoria Histórica.

En la unidad 1.040 sólo hay tierra y flores. Es un jardín donde a los niños les suceden cosas horribles y les suceden para siempre. Lo que asusta a Julita es que su padre, Modesto, ha pedido asearse antes de que le suban al camión de los falangistas. Le dan un culatazo como respuesta. Agarrados a las faldas de su madre, lo presencian ella y su hermano Benigno, que contaba 6 años, tres más que ella. Hoy todavía revive la pregunta de entonces: «Por qué pegan a papá si es el hombre más bueno del mundo».

Sucedió en una calle de Medina de Rioseco, el 19 de julio de 1936, sólo un día después de lo que unos llamaron alzamiento y otros sublevación.

Siete días más tarde, en el barrio vallisoletano de los Vadillos, cuatro falangistas en un descapotable se interesaron por Isaías, el progenitor de Goya. La madre, embarazada de seis meses, rompió «a llorar». Al girar la calle Santa Lucía, desde el coche, él giró la mano diciendo adiós a sus otras dos hijas, que permanecían semiescondidas en el portal de enfrente. Es el último recuerdo que Goya guarda de él.

Ni Modesto Merino ni Isaías Bravo regresaron. Nunca pudieron ser enterrados y Goya y Julita no encontraron la paz. Ni siquiera ahora, cumplidos los 84 y 82 años.

El padre de Julita fue fusilado en los Torozos y ella cree que su cuerpo aún permanece allí. «Mi madre me dijo que si alguna vez lo encontraba, lo enterrara a su lado... Ya ve usted que no soy ninguna jovencita, y no he podido dar con él». Esa cuenta pendiente le queda a Julita con su progenitora, una mujer «acobardada», que enfermó en cuanto mataron a su esposo, que contaba que su marido «había muerto de pulmonía» y que vivió «hasta su último día» con el pesar de que se lo arrebataron.

Ante esa ausencia, un espacio «simbólico» donde acude a rezarle. Un rincón del que hace años escuchó que escondía una fosa común. «Por eso vengo a traer flores aquí, porque no he tenido ningún sitio donde hacerlo. Es mi pequeño homenaje».

En sus palabras hay tristeza, pero no resignación. Más bien, indignación por no haberle

podido dar sepultura. «Es terrible no tener dónde llorar a tus muertos. Enterrarlos es un derecho del ser humano, pero a algunos se nos ha negado. No sabemos dónde descansan y nadie hace nada por algo tan grave», comenta enérgica, mostrando ese lado reivindicativo que le ha llevado a recorrer junto a su marido una treintena de pueblos de la provincia para intentar reescribir la historia. «Para que se sepa lo que de verdad pasó».

Goya siente la misma desazón, aunque la incertidumbre le inquieta algo menos. Su abuelo le contó que el cadáver de su padre, «lleno de pecina porque probablemente lo mataran junto al río», lo arrojaron, junto a «otros montones» que hicieron el paseo, a una fosa de ese cementerio vallisoletano, a unos metros de esta diminuta parcela a la que siempre ha mirado con extrañeza, incluso hoy, justo antes de depositar unos claveles. «Me llama la atención que esté siempre tan cuidada, que no tenga cruz ni nada. Nos figuramos que es una fosa común», relata enigmática.

La desinformación se mezcla con su desasosiego. «Tengo un vacío muy grande. Toda la vida veía cómo otras familias tenían su espacio para estar con los que no están, el nombre de su familiar escrito en una lápida, y yo, nada. Es como que siempre me hubiera faltado algo».

La Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica de Valladolid (ARMH), con la que ambas están muy involucradas, consiguió los permisos municipales para realizar una exhumación de este terreno desde mañana hasta el domingo. «Sería maravilloso que alguna familia encontrara al fin a los suyos y recuperara la tranquilidad que otros no tendremos», comentan ambas, que aguardan la cita con expectación, pese a la certeza de que, de hallarse algún resto, ninguno compartiría su ADN.

Es posible que bajo esa tierra desnuda no haya ningún cuerpo e igualmente posible resultaría que exista alguno. Sin embargo, allí reside el recuerdo de un millar de muertos.

La parcela 1.040, en la parte vieja del Carmen, es el último vestigio de las dos grandes fosas comunes abiertas en ese cementerio vallisoletano, en donde se arrojaban los cuerpos de los fusilados durante la Guerra Civil.

Para desvelar qué hay en su interior, la Asociación para la Memoria Histórica abrirá ese trozo de tierra que, según confirmó a este diario la concejala de Medio Ambiente, María Sánchez, es de propiedad municipal.

El arqueólogo y presidente de ARMH, Julio del Olmo, explica que excavar en este lugar emblemático tiene un significado especial. «De alguna manera, habremos acabado, cerraremos el capítulo pendiente de aquellos que fueron enterrados aquí y que figuran como desaparecidos», indica.

Del Olmo incide en lo representativo de la ocasión, porque se trata de un rincón «de referencia» para muchos que tienen a sus seres queridos en las cunetas. «Varios familiares de desaparecidos, aunque sepan que no están allí sus allegados, lo consideran como lo que queda de lo que les pasó», explica.

En las indagaciones exhaustivas que preceden a una exhumación, la intriga rodeaba a la unidad 1040 por desconocer quiénes eran sus propietarios y quiénes la cuidaban.

La Asociación de la Memoria llegó hasta ella por motivos obvios. Se sabía que «por allí» estuvieron ubicadas dos grandes fosas de represaliados que, en los años 50 y 60, fueron removidas y sus restos enviados al osario.

De hecho, ya en democracia, la UGT se hizo cargo de parte del terrreno que ocuparon esas fosas y, como recuerdo a las víctimas, levantó dos panteones de ladrillo, que ocupan cada uno lo que una decena. Se han convertido en memorial de los desaparecidos, aunque dentro del espacio no se conserve ya ningún cadáver.

Pero, a pocos metros, «en una esquinita, que se cree que nunca se ha tocado» –cuenta Del Olmo–, persistía esa otra tumba de tierra. Y su misterio.

Cada vez que Goya se detiene ante los panteones del sindicato, se le encoge una pizca el corazón, hoy también.

Sin embargo, la sospecha de que ese fue el último destino del cuerpo de su padre no le sirve para finalizar su historia. «No tengo ninguna esperanza. Hemos oído de todo. Desde que se echó cal viva... Nunca le podré decir adiós y la herida siempre estará abierta».

La vida tras de esa muerte alejó cualquier posibilidad de cerrarla. Su madre tuvo que empezar a trabajar. Ella y su hermana a cuidaban al bebé y apenas les daba tiempo a acudir a la escuela. «Me condenaron a una vida de ignorancia, pero no lo suficiente como para no saber que era ignorante».

Interrumpe la conversación por las lágrimas. «Es lo que más me afecta. No lo puedo remediar».

Intentó revertirlo con los años. A los 55 aprobó el graduado escolar y asistió a siete cursos de la Universidad Permanente para adultos Millán Santos. «Lo único que hicimos todas las personas de mi generación que pasamos por esto fue matarnos a trabajar para que nuestros hijos fueran mejores que nosotros».

Aunque Goya no vea un cierre propio, Julita cuenta que sí podría recuperar algo de sosiego si se reconocieran a todos los represaliados y tuviera un lugar en el que visitar a su padre. «Sería feliz si algún Gobierno les devolviera la dignidad que les robaron con un parque en los Montes Torozos para todos los fusilados, con una placa con sus nombres, a modo de homenaje, como se ha hecho en otros sitios».

Por mucho que el calendario corra sin que vea cumplido este sueño, persiste. Insiste porque los años arrasan alguno de sus recuerdos, pero acentúan otros. «Me dicen 'Julita, déjalo', pero cada día que pasa se me olvida menos».

De un modo extraño, lo mismo le sucedió a su hermano Benigno. Ese niño de seis años que, parapetado tras su madre, presenció cómo vejaban a su padre y, justo después, ya no vio nada más. Ni un abrazo ni un cachete ni una palabra, ni buena ni mala. Nada.

En los últimos años, la demencia de Benigno arrasó con todo lo que él había sido. Bueno, con casi todo.

Al fin y al cabo, en la Memoria Histórica, al margen de polémicas, la palabra clave es 'memoria'.

En su lecho de muerte, Julita le preguntó «¿cómo murió mamá?» y relata que él «no se acordaba». Repitió lo mismo con la abuela y con el abuelo. «Era por hablar de algo, pero no me decía nada y, mucho menos, con sentido», apunta.

Entonces, le formuló otra pregunta, sin más: «¿Cómo murió papá?». Ahí no hubo silencio, su respuesta fue clara y concisa. «Lo fusilaron», pronunció muy despacio en un instante de pasmosa lucidez. Julita, sin comprender la justificación médica, tiene una explicación sencilla: «Ve, tenemos un rinconcito en el cerebro donde se nos queda para siempre. Nos arrancaron una parte de nosotros. Eso es para toda la vida».

«NOS LA JUGAMOS. PUEDE QUE NO HAYA NADIE, PUEDE QUE MUCHOS»

«Vamos a confirmar si este lugar de referencia es lo que se ha creído o no. Nos la jugamos. Puede que no haya nadie, puede que muchos», explica Julio del Olmo, presidente de la ARMH. Si los resultados de la exhumación son positivos, supondrían «los únicos» restos de represaliados conservados en El Carmen. Del Olmo señala que enterradores y familiares contaron que fue una fosa común y que, «por espacio, podría haber 8 o 10 personas, no 50». Como no han recibido peticiones de familiares, de hallar restos en el estudio antropológico forense existen dos opciones que dependen de lo que encuentren: que se realicen análisis en el laboratorio y los vuelvan a enterrar o dejarlos allí. La asociación sostiene que en El Carmen, de 1936 a 1939, se produjeron «896 enterramientos de víctimas de la represión de los militares sublevados» y sólo 632 identificadas. «Este reguero de muertos continuó, unos abatidos por los fusilamientos tras juicios sumarios hasta 1942, y otros muertos en las cárceles hasta finales de los 40. En total, cerca de 1000 personas fueron arrojadas en fosas comunes».

EL FUNDIDOR QUE DEFENDIÓ LOS DERECHOS LABORALES

Modesto tenía 29 años cuando lo sacaron de casa para ir a declarar al cuartelillo. Este fundidor y moldeador en la fábrica Urbón de Medina de Rioseco estaba afiliado al sindicato UGTy se manifestó con otros obreros de la zona en la Revolución de 1934 por los derechos laborales. Su familia cuenta cómo entonces lo apuntaron en la lista negra. El 19 de julio del 36 fueron a por él. El 25 de noviembre, a los cuatro meses de estar

preso en las Cocheras de Valladolid, donde su mujer acudía a visitarlo, a ella le espetaron con sorna: «Su marido ya no necesita comida. Le hemos dado la libertad». Nunca volvieron a verlo. Dejó dos hijos: Julia y Benigno. Se escucha que lo arrojaron a alguna fosa común de los Torozos.

EL ALBAÑIL QUE SE HIZO POLICÍA CON GARCÍA QUINTANA

Su mujer, Teresa, estaba embarazada de seis meses cuando lo vio partir y pronto dio a luz a Angelita, que no conoció a su padre. Con 33 años, Isaías, desde lejos, asomado en el coche de quienes lo acababan de detener, se despidió de sus hijas Adelina y Goya, de ocho y cinco años. Isaías fue primero albañil, pero más tarde decidió formarse como policía municipal. Ejerció de agente con Antonio García Quintana de alcalde de Valladolid. Militante socialista y sindicalista de UGT, el 26 de julio de 1936 se puso la americana y acompañó a los falangistas para no volver. El padre preguntó por donde pudo hasta que le contaron que su cadáver fue tirado a una de las fosas comunes del Carmen.

<u>Última hora</u>

Ver más

© Copyright Editorial Castellana de Impresiones SL C/ Manuel Canesi Acevedo, 1. 47016 Valladolid. España Contacte con nosotros: <u>local.va@dv-elmundo.es</u>

Editorial Castellana de Impresiones SL se reserva todos los derechos como autor colectivo de este periódico y, al amparo del art. 32.1 de la Ley de Propiedad Intelectual, expresamente se opone a la consideración como citas de las reproducciones periódicas efectuadas en forma de reseñas o revista de prensa. Sin la previa autorización por escrito de la sociedad editora, esta publicación no puede ser, ni en todo ni en parte, reproducida, distribuida, comunicada públicamente, registrada o transmitida por un sistema de recuperación de información, ni tratada o explotada por ningún medio o sistema, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro óptico, de fotocopia o cualquier otro en general.

Edigrup Media: <u>Diario de León</u> | <u>Diario de Valladolid</u> | <u>El Correo de Burgos</u> | <u>Heraldo-</u> <u>Diario de Soria</u>

Julia Merino, memoria histórica viva para Europa

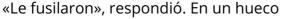
elnortedecastilla.es/20131109/local/valladolid/julia-merino-memoria-historica-201311091144.html

10 de noviembre de 2013

Julia Merino, con la pancarta que le ha acompañado en infinidad de manifestaciones. R. GÓMEZ

Su hermano, demenciado, era incapaz ya de recordar a su abuela. Ni a su madre. Ante las preguntas de Julia, «¿recuerdas a mamá? ¿recuerdas a la abuela?», solo emitía un lacónico «no».

«¿Te acuerdas de tu padre?», insistió un día.





remoto de su memoria anidaba aún ese dolor en forma de recuerdo que se resistía a ser olvidado. El hermano de Julia Merino era memoria viva, pero ahora ya es memoria histórica, porque falleció, como han fallecido ya muchos de los que testimoniaban lo ocurrido con los represaliados de la guerra. Julia, a sus 80 años, es aún memoria viva, y la nitidez de sus recuerdos se forma no solo por lo que se impregnó en su mente de niña, sino por años de trabajo recorriendo los pueblos de Valladolid para recoger lo que se almacenaba en las mentes de quienes vivieron días terribles en la guerra civil.

«No quiero venganzas», asevera varias veces. «Solo quiero que los muertos se entierren». Entre ellos, su padre, a quien su hermano, antes de su enfermedad, recordaba recibiendo un culatazo en su misma casa, y subido a una camioneta con otros muchos. Eso ocurrió el 19 de julio de 1936. Su hermano tenía seis años, y ella, tres. Solo se recuerda vagamente a sí misma agarrada con fuerza a las faldas de su madre.

El 25 de noviembre de ese año la esposa de Modesto, el padre de Julia, acudió a las cocheras de los tranvías, en Filipinos, adonde le habían trasladado preso, para llevarle la comida. «Señora, su marido no necesita comida. Le han dado la libertad ayer».

Julia Merino contará esta misma historia el 26 y 27 de este mes en Bruselas. Justo se habrán cumplido 77 años desde que a su padre le dieron la libertad una noche en la que, según sus investigaciones, acabó fusilado en los montes Torozos.

«La plataforma por la Comisión de la Verdad va a tener un primer contacto con los grupos parlamentarios europeos. Más adelante irá una delegación más amplia», explica Jordi Gordon, portavoz de dicha plataforma. Será la primera acción de una serie de iniciativas que pretenden que Europa «obligue a España a cumplir con las recomendaciones de la ONU». Según esta plataforma aún existen 130.000 desaparecidos en España, y unas 2.500 fosas comunes sin exhumar.

«No sé por qué me han llamado a mí», dice Julia Merino. Sin embargo, en su currículum de luchadora figura que fue de las primeras en sumarse a la Asociación de la Memoria Histórica, que jugó un papel importante en su creación en Valladolid, y que escribió su vida en un libro, Yo, una niña de la guerra, cuya lectura resulta terrible por la naturalidad con la que se desgranan tragedias que parecen sacadas de tiempos remotos, pero que son tan recientes que aún quien las conserva en su memoria, como ella.

La Organización de las Naciones Unidas ya ha dado un primer paso. Su Grupo de Trabajo sobre las Desapariciones Forzosas o Involuntarias pasó por España hace un mes y medio. El 30 de septiembre emitió un informe preliminar. «Dada la edad avanzada de muchos de los familiares y testigos que vieron por última vez con vida a personas desaparecidas durante la Guerra Civil y la dictadura resulta esencial que el Estado actúe con la debida urgencia y celeridad en materia de desapariciones forzadas», concluyeron los informadores de la ONU. Y fueron un paso más allá. «El Estado Español debería asumir el liderazgo y comprometerse de manera más activa y urgente para atender la demanda de miles de familiares que buscan conocer la suerte o el paradero de sus seres queridos desaparecidos durante la guerra civil y la dictadura. Todas las iniciativas relativas a la búsqueda de desaparecidos tienen que ser parte de una política de Estado comprensiva, coherente, permanente, cooperativa y colaborativa», recogen sus conclusiones.

Este grupo de trabajo está compuesto por cinco expertos independientes de todas las regiones del mundo: Oliver de Frouville (Francia), Osman El-Hajjé (Líbano), Ariel Dulitzky (Argentina); Jasminka Dzumhur (Bosnia y Herzegovina) y Jeremy Sarkin (Sudáfrica).

Ese fue el primer paso de los que, como Julia Merino, abogan por cerrar las heridas que aún quedan abiertas en muchas fosas comunes escondidas junto a tapias de cementerios, o en los montes Torozos, como en su caso. El siguiente será la entrevista con los grupos parlamentarios europeos. Más tarde, una delegación numerosa viajará a Bruselas. Y así hasta conseguir que sea Europa quien imponga a España que se ocupe de cerrar para siempre este capítulo de su historia.

Julia irá, seguro, con su libro. Y puede que con su pancarta. En ella, las fotos de su padre y su madre. «75 años en las cunetas». Ya es vieja. El día 25 hará 77 años. Y Julia no quiere que lleguen los 78 sin saber dónde está enterrado su padre.

La mejor selección de noticias en tu mail Recibe las principales noticias, análisis e historias apuntándote a nuestras newsletters

Apúntate







Víctimas de causas de justicia universal en España como David Couso, Thubten Wangchen (Tíbet) y Mohamed-Moulud Ahmed (Sáhara) posan con víctimas del 11-M (Pilar Manjón), ETA (Joaquín Vidal) y el franquismo (Julia Merino). Junto a ellos, el fiscal de Núremberg, Benjamin Ferencz; Baltasar víctimas del 11-M (Pilar Manjón), ETA (Joaquín Vidal) y el franquismo (Julia Merino). Junto a ellos, el fiscal de Núremberg, Benjamin Ferencz; Baltasar víctimas del 11-M (Pilar Manjón), ETA (Joaquín Vidal) y el franquismo (Julia Merino). Junto a ellos, el fiscal de Núremberg, Benjamin Ferencz; Baltasar víctimas del 11-M (Pilar Manjón), ETA (Joaquín Vidal) y el franquismo (Julia Merino). Junto a ellos, el fiscal de Núremberg, Benjamin Ferencz; Baltasar víctimas del 11-M (Pilar Manjón), ETA (Joaquín Vidal) y el franquismo (Julia Merino). Junto a ellos, el fiscal de Núremberg, Benjamin Ferencz; Baltasar víctimas del 11-M (Pilar Manjón), ETA (Joaquín Vidal) y el franquismo (Julia Merino). Junto a ellos, el fiscal de Núremberg, Benjamin Ferencz; Baltasar víctimas del 11-M (Pilar Manjón), ETA (Joaquín Vidal) y el franquismo (Julia Merino). Junto a ellos, el fiscal de Núremberg, Benjamin Ferencz; Baltasar víctimas del 11-M (Pilar Manjón), ETA (Joaquín Vidal) y el franquismo (Julia Merino). Junto a ellos, el fiscal de Núremberg, e

Jueces y víctimas de todo el mundo claman contra la reforma del Ejecutivo